

# CAPÍTULO 1

## POBREZA Y SOLUCIONES DE MERCADO

La pobreza es un tema que interesa a todos. No suelo encontrar gente a la que no le interese este tema. Es un tema además del que todos tenemos alguna opinión. No es algo de lo cual la gente diría que no sabe qué decir. Y además creo que el futuro de distintas visiones políticas y morales en buena medida estará tratado desde la respuesta que se dé a este problema. Para bien o para mal, lo cierto es que los habitantes de este planeta en buena medida están escuchando o quieren escuchar comentarios, soluciones y propuestas para hacer frente a este problema. Si van a aceptar ciertas ideas o rechazar otras, en buena medida creo que lo harán dependiendo del tratamiento que se le dé a esta cuestión. En primer lugar, preguntémosnos algo si se quiere audaz: ¿hay que hacer algo por los pobres? En general está claro que la mayoría de la gente piensa que sí. La siguiente pregunta es: ¿con el dinero de quién? Aquí hay dos respuestas: o con el propio o con el dinero de todos. En otras palabras, lo que estoy diciendo es que hay dos caminos alternativos para tratar el tema de la pobreza. Uno como digo con el dinero propio, que es todo lo que llamamos soluciones voluntarias y de mercado. Porque si hay una diferencia que podemos establecer entre el mercado y el Estado es

que uno tiene claramente el ámbito de las transacciones voluntarias, mientras que lo que caracteriza al Estado es el monopolio de la coerción. Es el único que podría utilizar la fuerza de forma legal. Con el dinero de todos, sería obviamente con dinero público. Debo decir que le voy a dar más énfasis a lo que se puede hacer en términos voluntarios, qué es lo que el mercado puede hacer por la pobreza. Mencionaré algunas alternativas desde el punto de vista de las políticas públicas, pero no le prestaré mucha atención, ya que normalmente la discusión de la pobreza siempre está enfocada hacia qué es lo que el Estado va a hacer y yo quiero demostrar en este libro que no necesariamente tiene que ser así. Hay otras alternativas, otras soluciones que han sido olvidadas y a las que no se les presta atención, porque enfrentada a cualquier problema de pobreza la gente en general mira al gobierno y dice: ¿y usted qué va a hacer? En vez de preguntarse ¿y yo qué voy a hacer? La pregunta es: ¿debería preguntarme yo qué debo hacer? ¿es moralmente obligatorio hacer algo por los pobres? Yo diría que una obligación moral no, la única obligación que tenemos es no violar los derechos de los demás. Esa obligación la ejercemos en el marco de nuestra libertad y esta libertad implica esa responsabilidad, la responsabilidad de no violar los derechos de los demás. Probablemente lo que tengamos, sin embargo, es un tipo de compromiso moral con respecto a los pobres. Ya que nos toca alguna fibra que hace que nos guste ayudar porque nos parece bueno. ¿Por qué pasa esto? Pues puede ser porque en el mercado lo que determina en última instancia cuáles van a ser nuestros ingresos está vinculado a otros factores: a los recursos que uno tenga y en esto no solo me refiero

a los recursos materiales, también a las capacidades que uno tenga, a la voluntad que se tenga, pero también a la suerte. La suerte es un factor determinante. Y todos sabemos la suerte que tenemos algunos de haber nacido en las familias en las que hemos nacido. Nos podría haber tocado algo peor. Por tanto, por ello sentimos algún tipo de compromiso, ya que vemos que algunos han tenido algún factor de suerte que no les ha llegado. Si uno pone en Google la palabra pobreza le salen imágenes. Yo diría que el 90% de las fotos son de niños. ¿Por qué? Porque en particular lo que más nos toca la fibra es la pobreza de los niños, porque sabemos que ellos no son responsables. Uno puede ver una persona mayor y en cierta forma podría hablar con esta persona sobre si puso todos sus recursos, toda su voluntad en salir adelante durante la vida o cometió errores y tomó malas decisiones. Lo podemos discutir con una persona adulta, pero no con un niño. Ahí es donde creo que sobre todo en ese caso nos toca algún tipo de compromiso moral para ayudar. Si esto es así, hay que tratar algunas falacias de largo tiempo. Hay que señalar algunos conceptos relacionados con el tema de la pobreza que son ya viejos y siguen dando vueltas una y otra vez como si cada generación tuviera que considerarlos de nuevo y tuviera que discutirlos nuevamente y por tanto nunca acabar de dejarlos de lado.

El primero es el dogma de Montaigne. Muy popular. Este dogma dice que la riqueza de los países ricos es causada por la pobreza de los pobres y viceversa. Básicamente, lo que dice este dogma es que hay algunos que son ricos porque otros son pobres. En última instancia están diciendo que los recursos de una sociedad

son algo así como una tarta y que hay unos que se llevan la mayor parte y a otros solo les queda un trocico de la tarta, pero que además la división la hacen los ricos. Esto es como digo duradero, suele aparecer una y otra vez y lo cierto es que es un error, ya que en la práctica la tarta que vendría a ser la economía que es la gestión de los recursos, tiene en realidad un tamaño flexible. No es un recurso fijo, es un recurso que se va ampliando. Pero como digo, esto es recurrente y en cierta forma y en tiempos más modernos lo tenemos en la teoría de la explotación de Karl Marx. Marx, en cierta forma, argumentaba una versión más sofisticada y económica del dogma de Montaigne. Porque él sostenía algo —siguiendo una teoría del valor que luego se probó errónea— respondiendo la pregunta que se hacían los primeros economistas como Adam Smith o Ricardo, que es: ¿por qué las cosas valen lo que valen? ¿por qué las cosas se intercambian en una determinada relación? ¿por qué no todo se intercambia uno por uno? Un cuaderno por un lápiz, un lápiz por un pantalón, un pantalón por un Mercedes... Los economistas, como digo, venían discutiendo esto. Marx profundizó una teoría que, la verdad, había sido en cierta forma desarrollada por el mismo Adam Smith, pero sobre todo por David Ricardo. En el sentido de que las cosas valen por la cantidad de trabajo necesario para producirlas. Es decir, el tiempo y los recursos que me cuesta producir una silla es lo que determina su valor. Parece lógico, en el sentido de que cuando a uno le cuesta mucho algo entonces parece que lo valora más. Por tanto, parece tener cierto sentido esta teoría. Sin embargo, es una teoría falsa para entender el valor de las cosas. Pongamos un ejemplo: supongamos

que yo me pongo a fabricar un coche en la puerta de mi casa. Voy comprando las piezas y voy fabricando el coche en la puerta de mi casa. Con lo que yo sé de mecánica, voy a tardar varios años, y después de esos años en la puerta de mi casa habrá algo que se parezca a un coche. Y de pronto viene mi vecino y le digo: «¿Tú me has visto todo el tiempo que he estado trabajando en esto?». Y me dice: «sí lo vi». Y le pregunto: «¿Cuánto crees que cuesta el coche?». Y el vecino me dice: «Disculpa, yo no te quiero ofender pero para mi no vale nada». «¡Pero si yo estuve años trabajando en esto!». «Sí, pero para mi no vale nada». Y en esa respuesta se está dando una clave en la teoría del valor, porque el valor no es algo objetivo que existe en las cosas, es algo subjetivo que existe en la cabeza de los demás. Lo que valga el coche depende de las valoraciones que los demás tengan sobre el mismo de acuerdo con sus propios valores. Esta teoría del valor da para mucho más, yo señalo cuál es problema que se presentaba con las conclusiones que sacaba Marx de esta teoría. Marx decía que si el valor proviene del trabajo, ¿de dónde viene la ganancia del capital? Del trabajo. Todo el valor viene del trabajo. Por lo tanto, la ganancia del capital es la plusvalía que el capitalista extrae del trabajador. Por tanto, ¿qué es lo que hay que hacer? Hay que hacer la revolución, hay que expropiar a los expropiadores, hay que quitar esa plusvalía, ya que le corresponde al trabajo. ¿Y eso cómo lo vamos a hacer? Pues a través de la revolución socialista. Lo que Marx estaba fundando en toda su teoría del socialismo, que tendría un impacto increíble durante el siglo XX, es una teoría del valor basada en el valor del trabajo, y esa teoría fue y es errónea. Por descontado, que

si se hubiera evitado ese error, nos habiéramos evitado cientos de miles de muertos durante el siglo XX. Pero tuvo que ocurrir el derrumbamiento del muro de Berlín y todo lo demás para que desde entonces se empezara claramente a cuestionar esto, aunque esta teoría del valor había sido rotundamente descartada desde 1870, más o menos. Las nuevas teorías del valor subjetivo fueron desarrolladas por tres economistas: el austriaco Carl Menger, el inglés Jevons, y Walras, entre 1871 y 1875. Marx publica el primer tomo de *El Capital*, pero no había publicado el segundo y el tercero. Algunos sospechan que puede que no los quisiera publicar porque salieron esos libros que derrumbaban su propia teoría. Pero no dijo nada. Los tomos II y III de *El Capital* los publica Engels varios años después. Lo cierto es que esta teoría de las plusvalías, de la explotación del trabajo, del capitalista que saca el valor... está muy incrustada en la población en general y la realidad es justo la contraria. Esta teoría del valor-trabajo asume que en cada etapa que hay de la producción se van agregando más trabajo y más recursos y, por lo tanto, se va agregando más valor a un bien hasta que llega al consumo final. La historia es exactamente al revés: es el consumo final el que le da valor a cada uno de los recursos y el que le da valor incluso al trabajo. No es el trabajo el que le da valor a un producto, es el producto el que le da valor al trabajo. En última instancia es la valoración del consumidor la que le da valor al trabajo. Por tanto, el capitalista no solo no es un explotador, sino que es un benefactor. Está generando valor al trabajo de los trabajadores que de otra forma no lo tendría. En cierta forma le deberíamos dar las gracias, ya que por haber invertido y crear fuentes

de trabajo, el trabajo vale algo. Como mínimo, por lo menos habría que aceptar que la relación entre el capital y el trabajo no es una relación que tenga que ser necesariamente conflictiva como parece asumirse, sino que perfectamente puede ser una relación de cooperación.

La última falacia corresponde a un claro representante del liberalismo: John Stuart Mill. En su texto de economía, Mill plantea de nuevo otro concepto que luego tendría un alto impacto. Él dice que una vez que se ha terminado el proceso de producción y los bienes han sido producidos, la sociedad tiene que tomar la decisión de cómo distribuirlos. Lo que está haciendo es separar un área de la producción y un área de la distribución como si fueran dos cosas distintas. Nuevamente falso. Gran error. No son dos cosas distintas, son la misma cosa. Se produce porque uno espera una determinada distribución, si no, no se produciría. Ese concepto de que uno puede decidir sobre la distribución sin que tenga ningún impacto sobre la producción es erróneo. Sin embargo, a pesar de ser un concepto falaz, se encuentra muy habitualmente.

Por tanto, como vemos, todas estas son ideas viejas pero se encuentran alrededor de nosotros de una forma u otra. El punto que en realidad está en discusión detrás de todas ellas es el siguiente: ¿qué es lo que vamos a discutir, la pobreza o la distribución de ingresos? Son dos cosas distintas, sin embargo, aparecen y se nos presentan como si fueran la misma cosa. Es más, aquellos que hablan de la pobreza y que muestran una cierta preocupación por la misma, en realidad no hablan de la pobreza. Lo que quieren es una distribución de ingresos. Lo que quieren es redistribuir. Y en particular

ellos son los que quieren redistribuir los ingresos de los demás. Por tanto, ¿qué es lo que nos preocupa? ¿la riqueza o la distribución? Esto es importante, porque en la mayoría de los casos de crecimiento económico vamos a encontrar casos de este tipo. Pensemos por ejemplo, en el caso de China. China bajo Mao y la Revolución Cultural era una sociedad bastante igualitaria. Todos tenían un ingreso parecido. Todos bajos, excepto los jérfarcas y los funcionarios del gobierno. De pronto, los chinos se dan cuenta que eso no funciona y viene un señor que se llamó Den Xiaoping y dijo: «No importa que el gato sea blanco o negro. Lo importante es que cace ratones». Básicamente, lo que estaba queriendo decir es que no importaba capitalismo o socialismo, lo importante es que funcione. Es más, lo que estaba diciendo es que el socialismo ya lo tuvimos y no funciona, así que ahora vamos a cambiar. Entonces se empezaron a generar unas zonas especiales en las cuales se generaban básicamente condiciones de libre empresa. Que venga la gente, que invierta, tienen mano de obra, nadie los va a molestar, fijen los precios que quieran, fijen los salarios que quieran... y allí empezó el enorme crecimiento chino. Entonces, ¿qué fenómeno ha tenido lugar? Pues que las diferencias han aumentado. Ahora hay una enorme cantidad de millonarios en China que antes no había que tienen ingresos muy superiores al resto de la población. ¿A mí me preocupa eso o me preocupa, digamos, el resto de la población? ¿Al resto de la población cómo le fue? El ingreso promedio de China pasó de 200 dólares al año a aproximadamente 5.000 o 6.000 dólares anuales actualmente. Siempre que se produce un fenómeno de este tipo, la verdad es que algunos van a



llegar al éxito primero y por eso la diferencia va a aumentar. Porque como ya dije, los ingresos que uno va a adquirir en una sociedad dependen de las capacidades que uno tenga, la voluntad y la suerte. Eso está distribuido desigualmente, así que algunos van a tener mayores recursos que otros, pero lo importante es que todos estén avanzando. Y si a mí me preocupa la pobreza lo que voy a mirar es a los de abajo. ¿Y a los de abajo cómo les va? ¿van para arriba o por el contrario van para abajo? Si van para abajo, ahí sí me voy a preocupar. ¿A qué se debe que la mayoría de la gente que nos habla de la pobreza en realidad nos esté hablando de la distribución? Esto se debe a que en general toda la discusión está relacionada con cuántos ingresos tiene una persona o no. Es decir, lo que se discute es qué es pobreza o cuándo se es pobre, pero esto no es lo único que hay que discutir. También hay que discutir cómo se consiguieron esos recursos. No es menor el tema. Yo puedo salir de la pobreza asaltando a gente en la calle. No es menor la cuestión de cómo se obtienen los ingresos y hay una pregunta sobre la ética y la moralidad con la que uno está obteniendo los ingresos que está obteniendo. ¿Los estoy consiguiendo dándoles un servicio a los demás que ellos valoran y por el que están dispuestos a pagar? ¿o los obtengo a la fuerza mediante el asalto a los demás? ¿o mediante los impuestos que el gobierno saca de los bolsillos de otros? La respuesta a esta última pregunta es fundamental. Robert Nozick planteaba precisamente que la justicia de una determinada distribución no tenía nada que ver con estar discutiendo si unos deberían tener 30 y otros 40 y los de más allá 50. Que lo que había que ver era el proceso por el cual la distribución

se había generado. Que lo que tiene que ser justo en todo caso es el proceso, no el resultado. El resultado puede ser desigual, aunque todo el proceso sea justo. Nozick pone un ejemplo con un jugador de baloncesto que yo voy a modernizar algo. Supongamos una sociedad con la distribución que queramos. Es más, supongamos una sociedad con un ingreso igualitario, en la que todos ganamos lo mismo. Ahora resulta que en esta sociedad aparece Cristiano Ronaldo, y resulta que todos los clubs lo quieren contratar. Entonces de pronto viene el Madrid y le dice a Cristiano que lo quiere contratar. Y Cristiano dice: «Está bien, yo voy a jugar en el Madrid, pero lo que quiero es la mitad de cada entrada del espectador que vaya a los partidos por el motivo de que yo juegue». El Madrid le dice que sí a Cristiano. Empieza la Liga y van todos los aficionados, y cada vez que van ponen 50% para el Club y el otro 50% para Cristiano, y así durante toda la temporada. El Madrid gana varios títulos. ¿Y al final de la temporada qué va a ocurrir? Que los ingresos de Cristiano van a ser muchísimo más altos que los de los demás. La pregunta que plantea Nozick es: ¿es eso injusto? La respuesta es que claramente no, ya que en el proceso no fueron violados los derechos de nadie. El acuerdo entre Cristiano y el Madrid fue un acuerdo voluntario entre las partes. El hecho de que la gente fuera a los partidos y estuviera dispuesta a pagar también es un acto voluntario. Entonces, ¿qué es lo que le podemos cuestionar a esta nueva distribución que es el resultado de estas decisiones voluntarias que la gente toma? Y vemos que es una distribución desigual. El carácter justo o injusto de una determinada distribución no está dado por cuánto tienen estos o cuánto tienen

aquellos. Está dado por la justicia del proceso a través del cual esa distribución se generó. Y Nozick dice que una distribución justa es aquella que es el resultado de acciones que no han violado derechos de terceros. Acciones que respetan la propiedad por un lado y los contratos voluntarios a través de los cuales la propiedad cambia de una mano a otra. Esta visión que centra todo en la redistribución también está influenciada por un cambio que ha habido en la concepción de la idea de derecho, digamos, desde el s. XIX hasta ahora. Anteriormente, la visión clásica de un derecho era una visión negativa. Básicamente, lo que esto quería decir es que uno tenía derecho a que no interfirieran en la libertad que uno tiene. Es decir, este era un derecho que no le exigía a los demás que hicieran nada. Simplemente les pedía que no interfirieran en mi libertad. Por eso se llamaban derechos negativos. Eso cambió hacia una visión de derecho positivo. Ahora, y siguiendo el ejemplo del trabajo, un derecho positivo no es que yo tenga derecho a trabajar, lo que tengo derecho es a un trabajo y si yo tengo derecho a un trabajo, alguien me lo tiene que dar. ¿Y quién va a ser ese que me va a dar el trabajo? El aparato que existe para defender los derechos es el Estado. Y si el Estado te va a dar un trabajo quiere decir que se lo va a tener que quitar a otro para dármelo. Con lo cual la igualdad de todos ante la ley se quiebra. No podemos mantener con esa concepción de los derechos la igualdad ante la ley porque esos derechos positivos requieren que se tome de unos y se le dé a otros, lo cual transforma al Estado en el Estado benefactor, en el Estado que redistribuye. Alguno puede pensar que no está mal eso, porque el Estado redistribuye de los que más

tienen a los que menos tienen, pero eso es ser muy inocente. Una vez que se crea la capacidad de que el Estado reparta, reparte para todos lados. Reparte Robin Hood, Hood Robin, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, para todas partes. Es decir, reparte de ricos a pobres, de pobres a ricos, de allá para acá, para todas partes. A la larga, el Estado acaba convirtiéndose en la gran piñata de la cual todos pretendemos vivir y obtener algo. Es decir, los ricos no se van a quedar con los brazos cruzados viendo que les quitan todo y ellos no obtienen nada. También van a pedir lo suyo. Y los demás también van a pedir lo suyo, y así sucesivamente. El Estado se convierte en esa gran ficción por la cual todos pretendemos vivir de los demás. Nozick plantea que de lo que se trata cuando se discuten las distribuciones son distintas teorías de la justicia distributiva. De cómo sería el principio, de cómo se deberían distribuir los recursos y los ingresos en una sociedad. Y él dice que todas estas teorías adoptan la siguiente forma, que es una forma muy sencilla de presentar y muy conocida. Pero básicamente todas las teorías son de este tipo, responden a estas cuestiones:

- De cada cual según su *algo*: según su capacidad, su esfuerzo, etc.
- A cada cual según su *algo*: es decir, de cada cual se recibe algo y cada cual recibe en base a distintos criterios y distintas teorías redistributivas que llenan estos puntos con alguna palabra.

La más conocida de estas es la que planteaba el comunismo, que decía: «De cada cual según su capacidad.

A cada cual según su necesidad». Lo cual no solo podía ser utópico, es que además llevaría a cualquier sociedad al más absoluto fracaso, como de hecho llevó a las sociedades socialistas. Porque si decimos que cada cual va a recibir según su necesidad, ¿qué es lo que va a ocurrir? Que mis necesidades se van a volver absolutamente ilimitadas. Y si yo lo que tengo que dar está relacionado con mi capacidad, mi capacidad se va a reducir totalmente. Voy a tratar de ahorrar capacidades y de aumentar necesidades. En una sociedad de ese tipo vamos a tener pocos que dan y muchos que quieren recibir y eso va a ser un fracaso total. Nozick dice que en realidad lo que deberíamos hacer siguiendo con la versión expuesta anteriormente es: «De cada cual según su elección a cada cual según sea elegido». Es decir, de cada uno según su elección: yo elijo cuánto voy a ofrecer, cuánto voy a producir, cuánto voy a trabajar y qué es lo que voy a hacer. Y lo que yo voy a recibir por esa decisión que he tomado va a ser lo que los demás van a valorar que vale lo que yo ofrecí. Es decir, que va a depender de las valoraciones de los otros. Esto sería un tipo de distribución vinculada a este principio que Nozick menciona antes, sobre que lo que hay que tener en cuenta es la justicia del proceso y no necesariamente el resultado. Resultado, además, que dependerá de las valoraciones de otros y no de la decisión propia. De otra forma, el Estado benefactor nos lleva a cosas que muestra muy bien un chiste sobre la historia de Robin Hood. A Robin Hood le dicen: «Me estoy cansando, Robin, ¿por qué no enseñamos a los pobres a que roben ellos mismos?». Pero además, esta distribución no resuelve el problema de la pobreza como la llevo planteando desde el principio.

¿Cuál es la justificación moral de todo esto? ¿puedo yo argumentar a favor de mi solidez moral que soy contribuyente fiscal de algún programa redistributivo? La respuesta es no. Pongamos otro ejemplo: supongamos que yo me muero, llego a las puertas del cielo y allí está esperando San Pedro y me dice: «Usted para entrar en el cielo tiene que contestar algunas preguntas. Una de ellas va a ser, ¿usted qué hizo por los demás?». Y de pronto se me ocurre decirle: «Yo estaba muy ocupado escribiendo mis libros, pero pagué impuestos. Y con esos impuestos se pagaron hospitales y viviendas para los pobres». Me diría San Pedro: «Ese dinero se lo sacaron a la fuerza. Aquí lo que vale para entrar es su tiempo, su dinero y su esfuerzo. Pase ahí al limbo y veremos qué hacemos con usted». Ahora digamos que se muere el responsable de las políticas sociales de un país y llega al cielo. Lo está esperando San Pedro y le pregunta lo mismo: «¿Qué hizo usted por los demás?». A él la respuesta le sale mucho más fácil: «Yo hice cantidad de viviendas para los pobres, hospitales...». Y San Pedro le dice de nuevo: «No, no, perdón. Eso lo hizo usted con el dinero que le sacaron a la fuerza a todos los contribuyentes. Para entrar aquí lo que vale es su tiempo, su dinero y su esfuerzo. Así que vaya al limbo que allí hay otro esperando y a ver qué hacemos con ustedes». Con lo cual estos programas de redistribución no nos dan justificación moral a ninguno de los dos, porque lo único que vale como justificación moral es la responsabilidad individual que cada uno tiene cuando voluntariamente decide ayudar a otros. Los programas sociales, además, tienen varios efectos: van minando en la gente ese sentimiento de responsabilidad. Es como si yo no tuviera que ocuparme

de los demás, ya está el Estado para eso. Esto es como si vas andando por la calle y se cae una señora mayor y uno va y dice: «¿Qué pasa que el Estado no viene a ayudar a esta señora!?!». En realidad la normalidad exigiría que ayudáramos a esa señora. En última instancia, este tipo de programas sociales vienen a ser como si estuviéramos en el autobús y viene un ciego pidiendo dinero y yo voy, meto la mano en el bolsillo de la chaqueta del señor de al lado, le quito el dinero y se lo doy al ciego. Lo que yo hice es robar el dinero al señor de al lado. ¿Cómo puedo justificar moralmente ese acto aunque el resultado sea en teoría positivo? Claramente de ninguna forma. ¿Cuáles son las soluciones voluntarias para el problema de la pobreza? ¿qué es lo que el mercado ofrece? ¿por qué llamo al mercado voluntario? Porque yo creo que claramente existe esta división entre lo voluntario y lo coercitivo. A veces a las ONG se las llama el tercer sector. Yo no creo que sea así: o es voluntario o es coercitivo. Y en el ámbito de lo voluntario puede ser con fines de lucro o sin fines de lucro. En realidad, siempre es con fines de lucro, lo que pasa es que unas veces es un lucro material y otras veces un lucro espiritual. Cuando uno colabora con Cáritas o alguna ONG, lo que obtiene es un rédito espiritual, y cuando uno trabaja lo que obtiene es un lucro material. Entre las opciones voluntarias en mi opinión se engloban: la iniciativa empresarial que genera riqueza y empleo, los derechos de propiedad, la ayuda mutua y la beneficencia. El primero tiene que ver con que una forma de salir de la pobreza es tener iniciativa para salir de ella. Esto implica la posibilidad de desarrollar algún tipo de iniciativa que permita salir de la pobreza. No hay nada mejor,

incluso desde el punto de vista psicológico, que cuando uno mismo puede cubrir sus necesidades y las de su familia y no tener que estar dependiendo de las ayudas de los demás. Si se trata, por tanto, de desarrollar iniciativa empresarial, lo que hay que señalar es que sin duda el capitalismo ha cumplido una función incomparable en la historia de este planeta. Y habrá quien diga que la brecha entre ricos y pobres se está ampliando, habiendo cada vez hay más pobres. Falso. Demos algunos datos: En 1820, el 80% era extremadamente pobre. Es decir, menos de un dólar por día. Hoy lo es el 35%. En 1981, el 40,1% de la población en países en vías de desarrollo vivía en la pobreza; en 2004, el 18,1%. En Europa y EE.UU. se trabajaba 3.000 horas por año en 1870, y 1.500-1.600 en el año 2000. Como vivimos más años, el porcentaje de nuestras vidas que dedicamos al trabajo es cada vez menor. El hogar promedio pasaba 58 horas por semana realizando tareas de limpieza, y ahora 15. De 1975 a 2005 los países de ingresos altos aumentaron los ingresos en un 86%, los países de ingresos más bajos un 105% y los países de ingresos medianos un 134%. Esto quiere decir que estos últimos están avanzando más rápido que los países ricos, con lo cual la brecha se está reduciendo. En materia tecnológica, en 1980 había 75 líneas telefónicas fijas por cada 1.000 habitantes. En 2007 eran 820, de las cuales 590 eran móviles. La cantidad de radios por cada 1.000 habitantes pasó de 90 en 1970 a 245 en 2007, y la de televisiones de 10 a 157. En lo que se refiere, por ejemplo, a la mortalidad infantil, antes de la Revolución Industrial era del 20-50%, en 1960 era del 12,2% y en 2005 era del 5,1%. En los países en desarrollo cayó del 13,8 al 5,6%,



y en los países desarrollados del 3,7 al 0,6%. La línea de la pobreza se estima en un ingreso de 2 dólares por día. En el periodo que va del año 1990 al 2005 fueron 1.200 millones de personas quienes traspasaron y superaron la línea de la pobreza, 632 millones en China y 117 millones en India. La película *Slumdog millionaire* muestra muy bien esto que vengo diciendo. ¿Cuál es la actitud en esa película? Hay chicos que nacieron en el peor de los barrios que uno puede imaginar, como ese barrio de Bombay, y sin embargo la historia de la pareja de la película acaba bien. Pero, ¿en algún momento de toda la película ellos demandaron algún derecho? No. Simplemente aprovecharon las oportunidades conforme se les fueron presentando. Algunas eran más honestas que otras, pero se fueron enfrentando a distintas situaciones en la vida y salieron del pozo debido a su propia iniciativa. Quiere decir esto que el capitalismo que incentiva la iniciativa individual genera grandísimas oportunidades para que la gente salga por ella misma de la pobreza. Solo que muchas veces se encuentran con trabas, por ejemplo los numerosísimos trámites que hay que hacer para tener un negocio habilitado en muchas partes del mundo. Eso no es favorecer a los pobres. No es de extrañar que en los países que dificultan más la apertura de negocios la actividad económica se desarrolle en la economía sumergida. En la generación de empleo está también toda una legislación laboral que hace más costoso emplear a la gente. Supuestamente con el objetivo de proteger derechos de los trabajadores se hace tremendamente caro contratar, y por lo tanto va a haber menos oportunidades de trabajo. ¿Cómo puede ser que los países no sean capaces de erradicar el desempleo?

Sin legislación laboral, cientos de miles de personas han encontrado trabajo en muy diferentes países, y ahora que tenemos varios tomos de legislación laboral no podemos eliminar el desempleo. Una legislación que tiene presuntamente la intención de proteger termina enviando a la gente a la economía sumergida. Y cuando una ley genera más de un 50-60% de gente trabajando en la economía sumergida no es por la maldad de los que contratan, es porque la ley es un desastre. Es fundamental para los pobres tener un derecho de propiedad sobre el único capital y bien que tienen. En general, los pobres lo único que tienen como capital en muchas ocasiones es una pequeña casa. Y en muchos países no tienen esa casa en título de propiedad. No pueden, por tanto, aprovechar el mercado para sacar jugo a la propiedad. Las compras y ventas se tienen que hacer entre personas conocidas y amigas, por lo tanto eso restringe el mercado para la compra y venta de esas propiedades. En muchos países, incluso en España, hay barrios pobres, asentamientos... y siempre se discute qué tiene que hacer el Estado: si tiene que construir viviendas, no construir viviendas, etc. Lo primero que tiene que hacer es otorgar derechos de propiedad ya, y después dejar que ellos mismos, una vez que sean propietarios, sean emprendedores y vean cómo ellos mismos muchas veces pueden resolver sus propios problemas. En cuestión de educación, salud y vivienda se nos dice que los pobres necesitan eso porque el mercado no va a proveer estas cosas. Eso es falso. James Tooley se dedicó a ir a los peores barrios de todo el planeta y encontró allí escuelas privadas con fines de lucro. Y la gente pobre está dispuesta a pagar una escuela antes que mandar a sus hijos a

una escuela pública. Una de las estrategias del mercado es masificar lo máximo posible, venderle a todo el mundo es el sueño de cualquier empresario. Henry Ford quería venderle un coche a todos. Todo genuino empresario que tiene un negocio quiere venderle a todos. También está lo que se llama la ayuda mutua, es decir, cuando la gente se ayuda entre sí. Lo que llamamos solidaridad voluntaria. Y tenemos también la filantropía. A diferencia de la ayuda mutua, la filantropía es dar sin esperar nada a cambio. En la ayuda mutua yo pongo y espero recibir, en la filantropía no. En la filantropía únicamente doy porque siento algún tipo de compromiso moral o lo que sea. Estas son las alternativas que tenemos: emprendimiento, empleo, derechos de propiedad, ayuda mutua y filantropía. Después de todo esto, ¿se sigue queriendo que el Estado haga algo? Desde luego siempre va a haber gente que abogue por ello. Para los que quieren que el Estado haga algo, veremos lo que puede hacer. Básicamente tiene dos posibilidades: subsidiar la oferta o subsidiar la demanda. Subsidiar la oferta es pensar: el pobre no tiene educación, le voy a poner escuelas gratuitas. El pobre no tiene salud, voy a ponerle hospitales gratuitos. El pobre no tiene vivienda, le voy a construir viviendas. Estoy subvencionando la oferta de estos servicios. Como en tantas otras cosas, lo que se comprueba muchas veces es que el Estado es muy mal administrador, y a pesar de esto, es lo que predomina en nuestros países, siendo el Estado el que se pone a proveer estos servicios. Sin embargo, en las últimas décadas ha surgido una alternativa en algunos países como por ejemplo Suecia o Chile, en los cuales lo que se plantea es subsidiar la demanda. Es decir, no que el

Estado se ponga a construir escuelas u hospitales, simplemente que le de a la gente un cheque y le diga: «Vaya usted a comprar una educación o un seguro de salud». Con lo cual subsidia la demanda, y ahora el consumidor tiene poder y pone en competencia a todos los demás, ya que todos los demás van a querer recibir el cheque. Algo se está avanzando en esta dirección, pero aun con todo, creo que en toda la discusión relacionada con la pobreza lo único que se discute es qué es lo que el Estado debe hacer. Y me parece que queda totalmente fuera de la agenda qué es lo que el mercado hace, qué es lo que la ayuda voluntaria puede hacer. Creo que estas acciones son moralmente superiores y además son más eficientes, aunque lamentablemente no se consideran así. Los individuos, como digo, tenemos dos formas de satisfacer nuestras necesidades: una de ellas es el mercado. Ofrecemos algo en el mercado y con lo que obtenemos luego buscamos satisfacer nuestras necesidades. O en términos más simples: trabajamos, producimos algo y con lo que obtenemos de eso adquirimos las cosas que necesitamos. Hay otro tipo de demandas que las canalizamos no a través del mercado, sino que esperamos obtenerlas a través del Estado. También estamos buscando que algunos de esos bienes o servicios vengan del Estado. Es decir, que nos vengan no a través del mecanismo del mercado, sino a través del mecanismo de la política. Y muchas veces la pregunta que se plantea es: ¿cuánto de un lado y cuánto del otro? ¿cuánto vamos a buscar en el mercado y cuánto vamos a buscar en la política? Lo que uno ve es que estas proporciones han cambiado según el tiempo, y por otro lado cambian también según los países. Entonces, ¿qué criterio tenemos

para definir qué es lo que va de un lado y qué es lo que va del otro? No es menor la pregunta. Porque, por ejemplo, cada vez que tenemos en un país una campaña electoral, sobre todo se discuten dos cosas: la primera que se discute es: ¿qué es lo que debería hacer el Estado? Y ahí hay opiniones: unos quieren más y otros menos. Y la segunda cuestión que se discute es: ¿quién debería ser el encargado de dirigir a ese Estado que nos va a proveer de esas cosas? Hagamos un paseo por la historia de la ciencia económica para ver el intento de la misma de tratar de definir esto de forma rigurosa y científica. Es decir, ¿para qué vamos a seguir en arduos debates sobre lo que el Estado tiene que hacer sobre todo para esos desfavorecidos y cómo repercute eso en las sociedades? ¿no habrá una forma científica de definir que «esto lo hace el mercado» y «esto lo hace el Estado»? Y la economía, como tiene en cierta forma un poco de pretensión científica de querer obtener ese tipo de respuestas, en algún momento buscó también ofrecer una respuesta científica a esta pregunta. Empecemos por aquel que consideramos —no necesariamente porque fuera el primero que escribiera sobre economía— padre de la ciencia económica: Adam Smith. Smith plantea la famosa metáfora de la mano invisible: ¿cómo vamos a satisfacer los individuos nuestras necesidades? Los individuos persiguen su interés personal y van a estar guiados como por una mano invisible a contribuir al bien general, incluso sin habérselo propuesto. De esta forma, el mercado o el orden espontáneo soluciona y provee la satisfacción de las necesidades de la gente. Si eso es así, si la mano invisible nos resuelve todos los problemas, ¿para qué necesitamos el Estado? Debo decir que los economistas,

por descontado siempre interesados en considerar las cuestiones relativas a la eficiencia económica, se preguntaron: «¿Qué criterio debería yo utilizar para evaluar una situación y decir que esta situación es eficiente y esta otra situación es más eficiente que la otra? ¿cómo puedo saber yo que el resultado que ha alcanzado el mercado es un resultado eficiente?». O por verlo en un caso práctico lo podemos juzgar por el típico gráfico de la oferta y la demanda. Se sabe que existe un proceso económico que va empujando al mercado a ese punto de equilibrio. Eso es lo que ocurre en el mercado. Pero eso no me dice nada sobre si eso es un buen punto o no. ¿Es realmente un buen punto al que el mercado tiende? Esta pregunta llevó a los economistas a pensar cómo se podía evaluar este tema: ¿cuál tiene que ser ese criterio de eficiencia? Esta pregunta se empezó a plantear en lo que llamamos revolución marginalista. Una revolución que se produce en la teoría del valor que abandona las teorías objetivas del valor, como la teoría del valor-trabajo, y propone como una explicación sobre el valor de las cosas, una teoría subjetiva a la que llamamos la teoría de la utilidad marginal. La teoría subjetiva del valor planteaba la necesidad de un nuevo criterio de eficiencia, porque si yo creo que el valor es objetivo, por ejemplo, si el valor proviene del trabajo, entonces eficiente va a ser producir más con la misma cantidad de trabajo, o lo que estoy produciendo ahora con menos cantidad de trabajo. Aquí es donde la disciplina toma un criterio propuesto por un autor ya clásico que se llamó Vilfredo Pareto. Pareto plantea un criterio para evaluar las distintas eficiencias de las situaciones. Dice que una situación es más eficiente que otra si algunos han mejorado

su situación sin que empeore la situación de los demás. Y se va a llegar a un óptimo cuando ya algunos no puedan mejorar su situación sin que empeore la situación de los demás. Por tanto, la economía se encuentra con la notable noticia de que el punto al que el mercado tiende además es el mejor punto que uno pueda imaginar. Es un punto óptimo. No es de extrañar, por tanto, que los economistas desde ese momento se hayan enamorado, por así decirlo, de ese punto de equilibrio. Pero, ¿qué ocurrió en el pensamiento económico? La economía tendría que estar en ese punto óptimo, los mercados pueden satisfacer las necesidades de los individuos. Pero los mercados no están ahí. ¿Y por qué no están ahí? En este momento de la discusión económica se abren dos caminos: uno es el que dice que el problema existente es pretender que este modelo ideal lo encontremos en la Tierra. Es como decir que la perfección es el Paraíso. Nosotros, como economistas, queremos estudiar La Tierra, no el Paraíso. Ese modelo, si bien puede servir para entender, debemos utilizarlo para entender como en la realidad no es. Porque la realidad es imperfecta. ¿Y por qué es imperfecta? Porque alcanzar ese punto de equilibrio demandaría conocimiento perfecto de todas las circunstancias por parte de todos los participantes en el mercado. Básicamente, el que habla de este problema es Hayek. Dice que no se puede alcanzar nunca ese equilibrio porque digamos que hay un problema del uso del conocimiento en la sociedad. El conocimiento es imperfecto. Hayek plantea que el mercado, dentro de esta imperfección, es un gran mecanismo de transmisión de información a través de los precios. La otra posición dice que esta posición no se alcanza porque hay muchas

imperfecciones en el mercado. ¿Y cuáles son esas imperfecciones? Empiezan a encontrar gran cantidad de las mismas. En principio, el equilibrio general se alcanza únicamente en un tipo de mercado en particular que, en economía, llamamos un mercado de competencia perfecta. Esto quiere decir que se evalúa la cantidad de la competencia —resumiéndolo mucho— a partir de la cantidad de competidores que haya en el mercado. El argumento tiene cierta lógica. Si hay uno es un monopolio y no hay competencia. Si hay dos es un duopolio y algo puede haber. Si hay varios es un oligopolio y habría un poquito más. Si hay muchos, pero hacen un producto que tiene leves diferencias, se le llama competencia monopolística. Y si hay muchos y pequeños todos ellos, ninguno puede influir en el precio y todos hacen un producto similar, entonces a eso lo vamos a llamar competencia perfecta. ¿Qué es lo que pasa? Comparado con este modelo, cualquier mercado que vemos en la realidad es una imperfección. Entonces se desarrolla a partir de ahí la noción de que, como el mercado falla en alcanzar la perfección, o en términos más técnicos, como el mercado falla en alcanzar el equilibrio general competitivo, el Estado tiene que intervenir para resolver el problema y llevar la situación al óptimo. Cuando esto ocurre, es decir, cuando el Estado interviene, los índices de pobreza se acentúan de forma clara. La libertad trae prosperidad, los países que optan por el comercio libre avanzan e incluso, con todas las dificultades, los índices de pobreza disminuyen de forma clara. En el año 1970 el 30% de la población mundial vivía con menos de un dólar al día. Esas cifras se han reducido hasta tal punto que en el año 2011, que es el último año del que hay



datos a nuestra disposición, esa tasa estaba en el 5%. Incluso los países más pobres han hecho avances en dejar atrás la planificación central y han conseguido con políticas que avanzaban en el mercado libre reducir los índices de pobreza. Hay un punto que me parece muy importante para seguir en el camino correcto respecto a la reducción de la pobreza: el comercio exterior y la eliminación de los aranceles. Para entrar en el tema arancelario y eliminar algunos ruidos y algunos temas que siempre aparecen en la cuestión arancelaria, conviene hacer una introducción sobre la cuestión laboral. Siempre que estamos hablando de barreras arancelarias va a aparecer la asignación de recursos humanos. Me parece que lo importante de los recursos laborales es lo que se ha llamado cuestión social. Es el flanco más importante que se debate en economía. En última instancia, está presente en todos los temas de análisis económico. Hay que decir que el recurso humano es el recurso por excelencia. No solamente porque se trate del ser humano, principalmente es así porque no se puede concebir ninguna producción, ningún bien, ni la prestación de ningún servicio sin el concurso del trabajo. Entonces, ¿qué diablos es eso que se produce en tantos países que se llama desempleo?